

Adalberto Ferrández, un educador permanente

Antonio Monclús Estella

Universidad Complutense de Madrid

Adalberto Ferrández es una referencia fundamental en el desarrollo de la educación de adultos en España. Con esto quiero decir que el trabajo teórico y práctico de Adalberto coincide en gran medida con el desarrollo cronológico de la educación de adultos en este país.

De hecho, ya en los años setenta, enseñaba que la educación debía entenderse como permanente, y que dentro de este enfoque sistémico, la educación de adultos era un subsistema, como lo podía ser la educación primaria o secundaria. Su enseñanza no era sólo una reflexión teórica, pues su activa vinculación con experiencias sindicales, en España, en Alemania, le llevó a ir trabajando para que hubiese en este país una estructura que recogiese las diferentes experiencias locales o incluso regionales que iba habiendo sobre educación de adultos. No fue una casualidad, ciertamente, que fuera nombrado presidente de la recién creada Federación Española de Universidades Populares en los primeros ochenta. Adalberto Ferrández era, en todo caso, un educador tan convencido, que en términos tradicionales se habría dicho que tuvo «vocación» desde niño para la pedagogía. Seguramente por eso mismo no terminaba de entenderse bien con los políticos de la educación institucional, y seguramente por eso sus ideas sobre las Universidades Populares no pudieron ser seguidas demasiado tiempo en un marco institucional general. Sin embargo, sus ideas sobre educación de adultos inspiraron y sirvieron a no pocas Universidades Populares en concreto a empezar el trabajo educativo con adultos y a seguir desarrollándolo en un proceso de evolución tan acorde con la evolución tecnológica, social, económica, política, laboral y cultural, como acorde fue la evolución del propio Adalberto con esas transformaciones que, sobre todo, en los últimos 20 años le tocó vivir.

La importante participación que tuvo en el Proyecto y actividades posteriores de la Universidad Popular de Zaragoza es un buen ejemplo de ello. En las Primeras Jornadas de Educación de Adultos, celebradas en 1983, se situaba todavía en la apertura de un espacio a la educación de adultos dentro del contexto educativo español, reivindicando su derecho a existir en base a ese nuevo concepto de educación permanente del que todo el mundo iba hablando ya, pero que muy pocos tenían en cuenta en su práctica, ceñida en general de forma exclusiva al mundo del sistema educativo tradicional. En esa ocasión, recordaba literalmente que

Cada día es más patente la conciencia social de la necesidad de la educación permanente. Han pasado los tiempos en que se potenciaba la formación, la instrucción y las buenas formas de comportamiento social durante una etapa de la vida del hombre. Hoy nadie duda de que la educación, como actividad intencional y sistemática, por un lado, y como ecoinfluencia física y humana por otro, es un proceso optimizante y perfectivo de la personalidad del individuo, que comienza y termina con la vida del mismo.

[...]

Sin embargo hay otras consideraciones restrictivas de la educación permanente que aún aletean tanto en los ámbitos teóricos como en algunas situaciones prácticas: me refiero a la creencia generalizada de que la educación es una actividad inacabada —eso sí—, pero que sólo tiene sentido si se lleva a cabo en instituciones fundadas históricamente encargadas de tal menester. No me refiero solamente a las instituciones escolares y familiares, sino también a los colegios profesionales, colectivos culturales, sindicatos, ateneos o cualquier otro montaje con miras educativas, aunque puede tener otras más.

Lo que vaya siendo la personalidad del sujeto, en ese proceso perfectivo del que hemos hablado, dependerá de la educación, pero no sólo de la institucionalizada, sino de toda influencia, venga del agente que venga, capaz de modelar nuevas conductas hacia comportamientos más específicamente humanos, en la doble versión del «*multa y multum*», si se me permite esta transferencia al pensamiento de Séneca. (Ferrández, 1984: 17).

Cinco años después, en las 4ª Jornadas se hablaba con detalle y monográficamente de Formación para el empleo como un marco de futuro en la educación de adultos. Esto sucedía en 1988, todavía ante las sonrisas sarcásticas de muchos colegas universitarios que consideraban esos nuevos terrenos educativos como algo impropio de la pedagogía. En aquellas Jornadas, Adalberto ya planteaba que:

La escuela que hoy existe no sirve ya para la sociedad en cuyo seno se asienta; es una escuela perfecta para un estilo de sociedad propio de la revolución industrial, pero no para una realidad existencial que se define por su total movilidad. En la sociedad industrial, lo que «era» hoy podía subsistir durante la vida laboral de un ciudadano; actualmente, lo que «es» hoy puede tener una vigencia de diez años en aquellas manifestaciones del quehacer humano que tienen todavía atisbos del pasado.

[...]

La escuela y las instituciones educativas en general preparaban al individuo para toda la vida laboral; no existía el término «reconversión», sonaba en algunos espacios profesionales la palabra «reciclaje» y para nada se escuchaba el incesante cambio de «las nuevas tecnologías». ¿Es nuevo el vídeo o lo es más nuevo el vídeo interactivo?, ¿usaremos disquete o mejor disco-láser? No hay duda de que vivimos en la punta de la ola de un desarrollo laboral impredecible. En el Japón, por ejemplo, cada trabajador cambia 2.6 puestos de trabajo durante su vida laboral, en tanto que cada norteamericano de USA pasa por 7.5 puestos laborales.

Los nuevos modelos formativos, además de pensar en las transformaciones laborales, tienen que contemplar las concomitancias cognitivas, éticas y axiológicas que también están expuestas a transformación conforme vaya desapareciendo el referente actual basado en la civilización industrial (Ferrández, 1989: 59).

Con el tiempo se irían reconvirtiendo a estos campos «nuevos» numerosos pedagogos con una fruición no precisamente motivada por intereses educativos sino meramente crematísticos o derivados de la búsqueda de nuevos yacimientos de clientelismo profesional. Esas reconversiones, en ocasiones apresuradas, resultarían ser el mejor comentario al espíritu innovador de quienes, como Adalberto Ferrández, supieron ver la necesidad de que la pedagogía superase a Comenio. Superar no era olvidar, porque la sinceridad de las propuestas educativas iba en Adalberto de la mano de una bien lograda y bien llevada contradicción entre lo tradicional y lo innovador. Y esto era así porque su comprensión e incluso su apego a ciertos elementos tradicionales no eran inmovilistas, sino que más bien se movían en la lucidez de Walter Benjamin al respecto cuando señalaba que en todas las épocas hay que volver a luchar para librar a la tradición de un conformismo que amenaza con sepultarla.

Estoy seguro que desde esa síntesis entre lo tradicional y lo innovador Adalberto habría enfocado la actual crisis de esquemas en que el mundo parece moverse desde el fatídico 11 de septiembre. Recuerdo no hace mucho, en una jornada sobre competencias profesionales que tuvimos en Zaragoza en enero de este año 2001, y en el contexto de otra de sus grandes atenciones educativas cual era su vinculación a diferentes proyectos de América Latina, Adalberto sostenía con convicción que la sociedad del futuro se enmarcaría en el mestizaje. Habría sido interesante contrastar con la hoy repetida tesis de Huntington sobre el choque de civilizaciones su caracterización de un mestizaje que no era suma o agregación de compartimentos aislados, sino transformación hacia una realidad nueva.

Su interés por esa inter y/o transculturalidad no era, por otra parte, algo ajeno a su «vieja» comprensión de la educación como permanente. Al contrario, se situaba una vez más, en una dimensión de futuro, y en línea, por ejemplo, con significativos trabajos como el Informe Delors, cuando llama la atención sobre el hecho de que la educación permanente no es sólo educación a lo largo de toda la vida, sino más bien educación a lo largo y a lo ancho de toda la vida.

En el artículo que ya apareció póstumamente, dejó escrito en efecto que:

Para que la educación permanente sea un devenir constante de perfeccionamiento personal, es preciso que la persona implicada en este menester haya alcanzado previamente la suficiente educación de base (que no es lo mismo que «educación básica») y un cierto nivel de culturalización. Estos dos aspectos educativos permiten continuar en el proceso de perfeccionamiento, a la par que garantiza algún protagonismo en la vida social. Ahora bien, si todo lo anterior se da y además la persona ocupa un puesto de trabajo, se convierte en agente activo de la transformación de su entorno, con un protagonismo total. (Ferrández, 2001: 15-16).

Referencias

- FERRÁNDEZ, A. (1984). «Del pasado al futuro de la educación permanente». En A.V., *Primeras Jornadas de Educación de Adultos. Modelos formales y no formales*. Zaragoza: Universidad Popular de Zaragoza.
- PEIRÓ, J. (dir.) (1989). *Formación para el empleo*. Barcelona: Humanitas.
- (2001). «...y después de la formación, ¿qué?». *Formación XXI*, (1). Madrid, p. 11-16.